

ORACIÓN

En tu presencia, Dios nuestro,
Nos sentimos caminantes, peregrinos, buscadores, PROFETAS...



Queremos darte gracias,
Y presentarte nuestros
deseos de escucharte,
de comprometernos a fondo con la realidad,
aunando nuestras manos
en un empeño común:
ser co-creadores contigo, parteras de la vida.
vivir en fraternidad
tantas veces necesitada de escucha
y reconciliación.

Haznos capaces de acoger la diferencia
como don y riqueza de tu presencia creadora.

Queremos llevar tu mensaje de justicia y paz
como Buena Noticia a este mundo,
que sufre la guerra, el hambre, el odio,
la división, la soledad, la indiferencia.

Deseamos construir la paz
en cada uno de los entornos
donde estamos y vivimos.
También en nuestros grupos,
entre nosotros,
que seamos capaces de crear espacios
para el diálogo y la armonía.

Que compartamos la vida y la fe,
que reine entre nosotros la alegría.
Renueva cada día la ilusión
por seguirte juntos
acogiendo, sembrando
y entretejiendo tu Reino. AMÉN.


OSEAS




EL PROFETA DE LA MISERICORDIA DE DIOS

1. CONTEXTO HISTÓRICO-SOCIAL DEL PROFETA:


Me llamo Oseas, hijo de Berí, y fui enviado por Dios para predicar como profeta en el Reino del Norte, al que llamamos también Israel o Efraín.

 Si leéis Os 1,1, podréis conocer más detalles sobre el tiempo en el que ejercí mi ministerio.

La época en la que me tocó vivir no fue fácil. Aparentemente, el reinado de Jeroboán II trajo gran prosperidad a nuestra tierra, pero aquel periodo de esplendor se logró a costa de explotar a los más pobres y sólo benefició a los más ricos. Contemplar semejante injusticia me sublevaba y levanté mi voz en muchas ocasiones para denunciar a sus responsables.

 Si queréis comprobar lo que os digo, leed Os 4, 1-11.

En el fondo, toda aquella corrupción era fruto de la situación religiosa por la que atravesaba mi pueblo, aunque el origen del problema venía de tiempo atrás. La culpa la tuvo en gran parte Jeroboán I, el primero que reinó en Israel después de que el país quedase dividido a la muerte de Salomón. Como tenía miedo de que sus súbditos siguieran peregrinando hasta Judá para dar culto al Señor en el Templo de Jerusalén, decidió reedificar los santuarios de Dan y Betel en su propio territorio. Y por si no bastase con ello, entronizó en cada uno de estos lugares un becerro de oro como aquel que hizo pecar al pueblo en el desierto.

 Leed 1 Re 12, 26-33 y podréis saber más cosas sobre este triste episodio de nuestra historia. Cuando tengáis tiempo, comparadlo con lo que se cuenta en Ex 32.

Con semejante política no es extraño que la gente cayese en la idolatría y empezase a mezclar la verdadera religión con el culto a los Baales. Por si no conocéis el significado de esta palabra os diré que se trata de los dioses a



4. PARA LA REFLEXIÓN...

“Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: « Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve » (1 Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la Primera carta de Juan apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.”

Benedicto XVI. “Deus caritas est”

El amor incondicional de Dios que nos presenta Oseas en este pasaje va más allá de toda lógica humana, no conoce límites. Llenos de ese Dios que nos restaura, podremos entregar el perdón o recibirlo como ocurrió con la esposa infiel ...

- ⇒ ¿tiene garra para ayudarte a empezar de nuevo, este amor incondicional?
- ⇒ ¿te compromete a dar otra oportunidad a aquellos que te han herido en el camino de la vida?

El profeta fustiga a los sacerdotes (Os 4, 1-11), condena la idolatría (Os 4,12-19), arremete contra la casa real (Os 5, 1-15), denuncia la falsa piedad (Os 6,7-7, 2; 7,13-8,14), delata las conspiraciones palaciegas (Os 7, 3-12) y , finalmente, augura el trágico final de Israel a causa de la injusticia y la idolatría (Os 9, 1-9).

El Dios que muestra su misericordia (Os 1-3) y condena la infidelidad (Os 4,1-9,9) sigue tendiendo la mano a Israel y, aunque censura sus pecados, no cesa de ofrecerle el perdón generoso en los capítulos finales del libro.


La tercera parte (Os 9,10-14,10) recorre la historia de las traiciones de Israel contra el Señor. Destaca las infamias (Os 9,10), el falso culto (Os 10,5.9.15), y la maldad y la injusticia (Os 10,13-15). Pero más importante que la sinuosa historia de infidelidad, es el perenne amor de Dios a su pueblo: *“cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo (...) con cuerdas de ternura, con lazos de amor, los atraía”* (Os 11,1.4). El Señor constata cómo la injusticia y la idolatría arrastran a Israel al desastre (Os 14,1), pero no se cansa de invitarle a regresar al regazo de su ternura: *“vuelve, Israel, al Señor tu Dios (...) yo sanaré su infidelidad y los amaré gratuitamente”* (Os 14,2.5).

Podemos comprobar cómo todas estas metáforas destacan la inmensa ternura del corazón de Dios y su inagotable capacidad de perdón.




los que adoraban nuestros vecinos, los cananeos. Sus ermitas y santuarios se alzaban en las colinas y altozanos cercanos a las aldeas. Junto a ellos tenían lugar verdaderas orgías de sexo y de sangre, donde se practicaban ritos abominables en los que los hombres se unían a las prostitutas sagradas e incluso llegaban a sacrificar personas humanas. Creían que así aseguraban la fertilidad de los campos y la abundancia de sus cosechas. La magia sustituyó en sus corazones a la auténtica fe.

De este modo, mi pueblo se extravió detrás de los ídolos de muerte y se olvidó del Señor que nos había liberado de la esclavitud de Egipto. Y lo peor de todo es que aquella confusión religiosa sirvió para justificar la desigualdad social. Los reyes, cortesanos y sacerdotes sacaban tajada de la situación y aumentaban su poder, su dinero y su prestigio. Los pobres, en cambio, sufrían en silencio y eran víctimas de aquel culto pomposo pero alejado de la justicia y la misericordia. Así estaban las cosas cuando el Señor me dirigió su palabra para ordenarme algo que me desconcertó:

 *Leed Os 1, 2- 3 y os enteraréis del contenido de ese insólito mandato.*

Aquella orden me pareció entonces muy extraña, pero la acaté sin rechistar. Por eso me casé con Gomer, una de esas prostitutas de las que os he hablado. Poco a poco fueron llegando los hijos, pero no pude darles el nombre que yo quise, como era costumbre entre nosotros. El Señor hizo por mí ese trabajo.

 *Si deseáis saber los extraños nombres que Dios impuso a los niños, leed Os 1, 3-9.*

Al principio me sentí muy desorientado, sin saber qué sentido podría tener todo aquello. Con el tiempo llegué a entender que lo que me estaba sucediendo era sólo una metáfora de lo que pasaba entre Dios e Israel. Si me queréis escuchar, os contaré ahora como el Señor quiso hacerme vivir en carne propia el mismo drama que El experimentaba en su corazón.

Nuestro primer hijo fue llamado “Jezrael”, que es el nombre con el que conocemos a un fértil y hermoso valle




que corre entre las montañas de Galilea y Samaría. Pero lo que el Señor me dijo cuando el niño nació no se refería a la belleza del lugar, sino a los sangrientos acontecimientos que tuvieron lugar en él durante la época de Jehú. Fue éste un general que conspiró contra el rey Jorán de Israel (852-841 a. C.) y lo mató por la espalda. Además de esto, asesinó al rey Ocozías de Judá, que había acudido a auxiliarle en la guerra contra Damasco. Finalmente eliminó violentamente al resto de su familia, incluida la reina madre Jezabel. El recuerdo de esta matanza convirtió a Jezrael en un lugar de ingrata memoria. ¿Hubierais puesto a vuestros hijos el nombre de Auswitzch o Treblinca? Pues eso es lo que el Señor me obligó hacer con el mío, harto de ver tanta crueldad en Israel y cansado de la sangre derramada a causa de la injusticia de los poderosos.

La segunda fue niña y recibió el nombre de “No-compadecida”. Cuando Gomer destetó a la pequeña, quedó de nuevo embarazada y dio a luz a un varón que fue llamado “No-mi-pueblo”. No me costó mucho comprender que el Señor ya no quería apiadarse de Israel ni lo consideraba como algo suyo, pues la Alianza que había hecho con Efraín había sido traicionada.

Como veis, mi familia era de lo más insólito. Casado con una prostituta y con tres hijos cuyos nombres me recordaban todo el día los pecados de mi pueblo, yo era un profeta atípico. Pero mis sufrimientos no habían hecho más que empezar.

De la noche a la mañana, mi esposa pareció cansarse de mí y me abandonó, volviendo a su antiguo oficio. Yo me quedé con los niños, mientras ellas se dedicaba a adular con sus amantes. Su infidelidad se me hizo insoportable. No podía comprender cómo había podido ser tan desagradecida conmigo, que la había librado de su vergüenza, la había metido en mi casa y le había dado todo lo que necesitaba.

 *Para saber lo que se me pasó por la cabeza durante aquel tiempo en el que Gomer no estuvo conmigo, podéis leer Os 2, 4-15.*


Pero un día Gomer regresó a su casa. Quizá las cosas no le fueron tan bien como planeaba. Quizá había perdido cualidades para captar clientes... Al fin y al cabo, los años no pasaban en balde. En todo caso, mi mujer no volvió arrepentida. De eso me di cuenta enseguida. No fue su amor



pro mí lo que la hizo retornar, ni siquiera la nostalgia de verse separada de sus hijos. Volvió por temor a lo que pudiese pasarle cuando envejeciese. A decir verdad, no tenía donde caerse muerta y habría acabado apedreada como le sucedió a muchas prostitutas.

Me resulta muy difícil explicar lo que sentí al verla de nuevo. Mi primera reacción fue de rencor y de rabia. Pensé en cumplir las amenazas que tantas veces había pronunciado en solitario después de que ella me abandonase. Quise echarle en cara su ingratitud y vengarme de tanto desprecio. Tenía decidido castigarla por su traición y repudiarla por su infidelidad... pero no fui capaz. Yo seguía locamente enamorado de ella. La ternura me embargaba sólo con mirarla. Finalmente el corazón me pudo y...la perdoné.

Y no sólo eso, sino que me propuse reconquistar su amor. Y a mí no me bastaba con que hubiese regresado al hogar, ni con me llamase “dueño mío”. Yo no quería ser su amo, sino su esposo. Por eso, deseaba cortejarla de nuevo, volver a vivir con ella nuestra luna de miel y reconstruir juntos nuestra familia.

 *Leed Os 2, 16-25 y comprenderéis mejor lo que estoy diciendo. Además, os enteraréis de cómo el Señor cambió los nombres de mis hijos después de nuestra reconciliación.*

2. CONTENIDO DOCTRINAL:

Ante las situaciones de injusticia e infidelidad descritas por Oseas, la primera tarea de este libro consiste en mostrar que Dios no es ajeno al dolor humano ni apático ante la injusticia. Los tres primeros capítulos (Os 1-3) constituyen una hermosa metáfora que, mediante la descripción del matrimonio de Oseas y de Gomer, transluce el auténtico rostro de Dios. El Señor no es una divinidad fría y remota, sino que tiene entrañas de misericordia y una capacidad ilimitada de perdón.

La ternura de Dios no se aviene con la injusticia humana. Por eso la segunda sección del libro (Os 4, 1-9, 9), constituye una denuncia contra la injusticia reinante.

